Domingo 2 de abril de 1995

PRIMER PLANO/

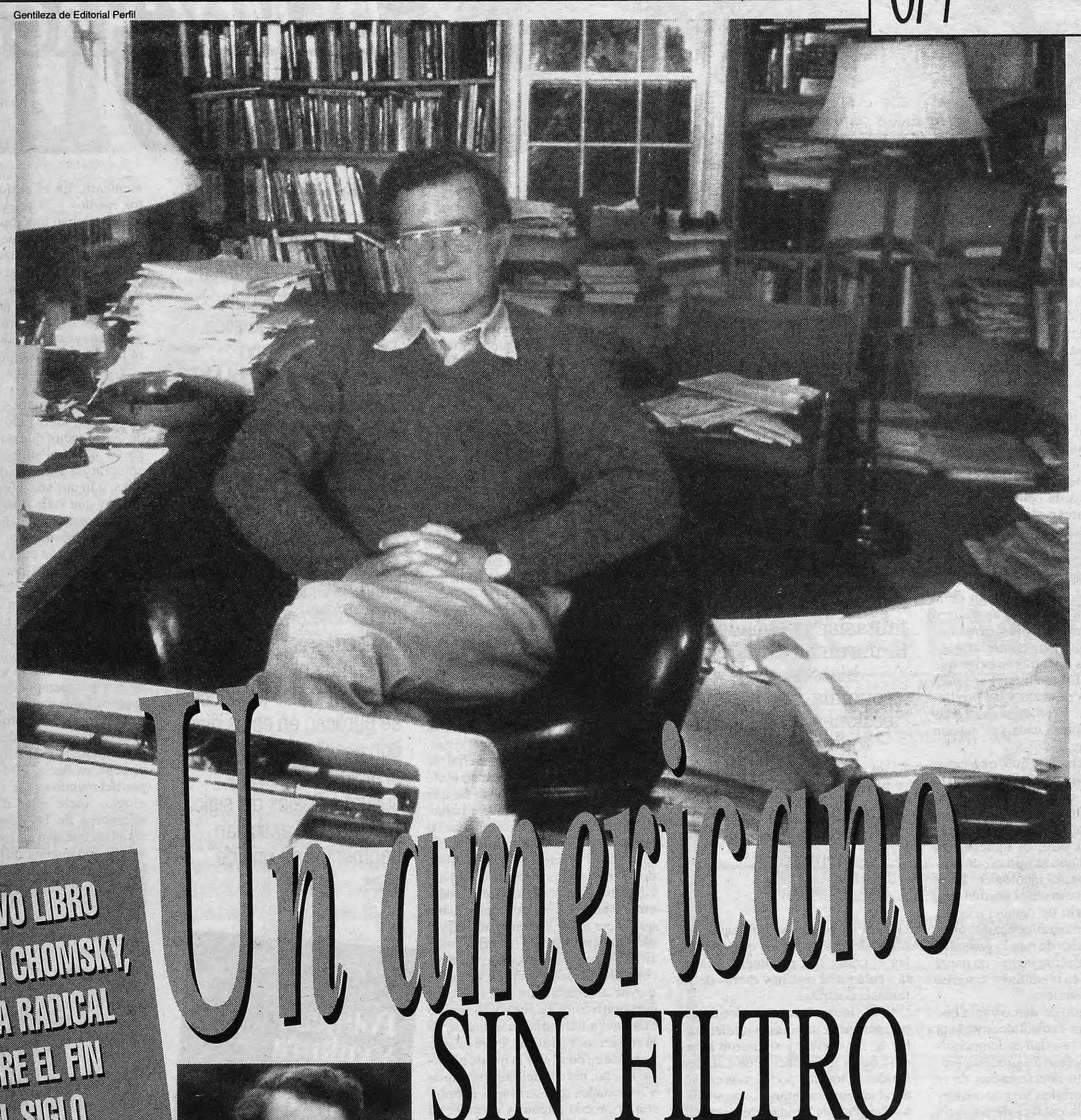
Suplemento de cultura de Página/12

Editor: Tomás Eloy Martínez

UNA VIDA OBSERVADA:
C.S.Lewis según Elvio Gandolfo

LA MAGIA DE SPENCER HOLST, 6/7 por Rodrigo Fresán

Gentileza de Editorial Perfil

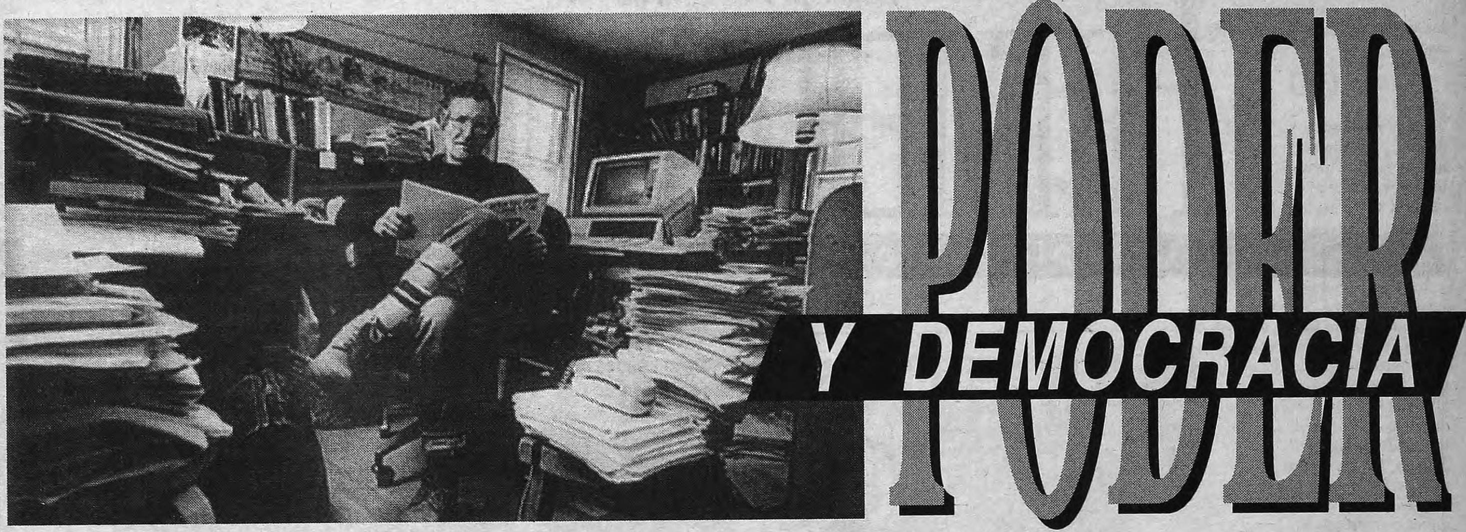


EL NUEVO LIBRO DE NOAM CHOMSKY, MIRADA RADICAL SOBRE EL FIN DEL SIGLO

Un americano SIN FILTRO

La voz inteligente de Noam Chomsky parece alzarse hoy igual que en las efervescentes décadas del 60 y el 70. Contra la ingeniería del consenso, su brillante discrepancia ataca la realidad política –una de sus pasiones; la otra, por la que comenzó a hacerse famoso a fines de los 50, es la lingüística– sin restar tiempo a su labor en el Massachusetts Institute of Technology (MIT). Su producción ensayística de más de cincuenta obras aumenta con "Política y cultura a finales del siglo XX", que Ariel distribuye en estos días y que **Primer Plano** anticipa en las páginas 2/3.

CUBA, EL CAMBIO Y LOS LIMITES, 8 por Arcadio Diaz Quiñones



PODER Y DEMOCRACIA

Desde "Estructuras sintácticas" (1957), Noam Chomsky se convirtió en uno de los intelectuales más respetados del campo de la lingüística. Pero no sólo como destacada figura del MIT se lo conoce: de su más de medio centenar de títulos buena parte se refiere a la realidad política como "Guerra o paz en Oriente Medio", "La segunda guerra fría" o "La cultura del terrorismo". Tres conferencias unificadas por su voluntad de brindar un panorama de las actuales tendencias se publican en estos días, con el sello de Ariel y bajo el título de "Política y cultura a finales del siglo XX": aquí se anticipan fragmentos de una de ellas.

NOAM CHOMSKY

Hay una tesis general sobre la historia contemporánea que las sociedades industriales ricas de Occidente proclaman con orgullo a los cuatro vientos, según la cual la Historia está convergiendo hacia un ideal de democracia liberal y de mercados libres que son la materialización definitiva de la libertad humana. Y otra parte de la tesis es que acabamos de aflorar de una lucha cósmica en la que los ideales de la democracia liberal y de los mercados clásicos han triunfado. La realidad es algo diferente.

En las sociedades occidentales ricas, al menos, la democracia y los mercados libres están probablemente decayendo a medida que el poder se concentra cada vez más en manos de las elites privilegiadas. La libertad y la democracia han sido consideradas siempre, a lo largo de la Historia, una amenaza, un peligro que hay que evitar, y los mercados, un instrumento para controlar y someter a otros mientras se exige que el poder del Estado intervenga para preservar las riquezas y los privilegios propios. Y yo creo que Occidente se desplaza cada vez más en esa dirección.

La democracia ¿qué queremos significar con esa palabra? Como la mayor parte de los términos de la historia política, democracia tiene dos significados. Uno es su acepción real; el otro, el opuesto. El opuesto es el que se utiliza con propósitos de control ideológico. En el sentido ordinario, en el sentido personal ordinario de democracia, un sistema es democrático cuando ofrece posibilidades de que la generalidad de la población juegue un papel significativo en la administración de los asuntos públicos.

En el sentido de democracia que se utiliza para control doctrinal, el contraste, la sociedad es democrática cuando imperan los procesos empresariales sin interferencias de la chusma inoportuna. Voy a considerar que con la palabra democracia nos referimos a lo primero. Es en ese sentido en el que las elites la consideran una amenaza, y siempre la hanconsiderado así, y es en ese sentido también en que está decayendo en realidad.

Podríamos remontar este problema hasta las primeras revoluciones democráticas modernas que se produjeron en Inglaterra a mediados del siglo XVII. Cuando la chusma, normalmente reprimida y sometida, empezó a organizarse, empezó a publicar folletos, empezó a apelar a otras gentes pobres para que asumieran el control de sus vidas; los que se describen a sí mismos como "los hombres de más calidad" se quedaron sobrecogidos por esta insurrección e insistieron con elocuencia en que había que someter a la chusma, que debía obedecer, que debía respetar a sus amos. Y había incluso una razón detrás de todo esto, una especie de razonamiento básico, razonamiento que persiste hasta hoy.

Ese razonamiento básico es que la masa de la población es ignorante y estúpida –lo que en aquellos tiempos llamaban "bestias en forma de hombres"–, y otorgarles poder e influencia llevaría directamente al desastre; y eso no es del todo falso. Permitir que la generalidad de la población tenga alguna influencia sería un desastre para los que controlan el poder y el privilegio. Esa es la verdad real que hay detrás de la fantasía doctrinal.

> "Toda esa palabrería sobre capitalismo liberal y sistemas de mercado son sólo fantasías ensoñadoras. Si miramos atrás en la historia de la economía hay algunas lecciones muy claras: todo país rico y poderoso, sin excepción, ha conseguido serlo violando esos principios."

Estas ideas fueron predominantes entre aquellas clases intelectuales de Inglaterra, y siguieron siéndolo hasta la fundación de Estados Unidos, a los que podríamos considerar la primera democracia moderna. Los Padres Fundadores sostenían, según sus propias palabras, que los propietarios del país debían gobernarlo, que el país debían administrarlo aquellos a los que se describía como "hombres de virtud"; buenos republicanos a la antigua usanza romana, aristócratas en quienes se podía confiar que administraran la sociedad correctamente en beneficio de los propietarios y que tenían por ello derecho a gobernar. En las primeras etapas, eso quiso decir aristócratas, terratenientes y además; más tarde vino a significar la elite empresarial de la sociedad industrial que afloró en el siglo siguiente.

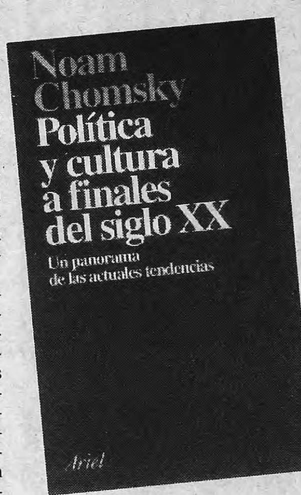
(...)

Hay, claro, diferencias en los procedimientos para imponer el orden. En los Estados militares y en los autoritarios no hay que preocuparse mucho por la chusma; si alguien se pasa de la raya se lo envía a la cámara de tortura. Así, por ejemplo, en El Salvador, si los que mandan tienen miedo a que sacerdotes alborotadores o campesinos activistas se estén pasando de la raya, envían a los escuadrones de la muerte.

En Estados Unidos, o en cualquiera de las sociedades más libres, donde la gente ha conseguido a lo largo de siglos cierto nivel de protección frente a la violencia del Estado, es más difícil hacer esto, y hay que recurrir, por tanto, a procedimientos más sutiles, tal como los teóricos de este proceso indicaron hace mucho tiempo. El procedimiento principal que se utiliza es el control del pensamiento. Se puede controlar a la gente por la fuerza o modificando sus opiniones.

Hay una serie de aspectos en los que Estados Unidos es un país insólito en el mundo; uno de ellos es que tiene una clase empresarial con mucha conciencia de clase; todos ellos son, por cierto, antiguos marxistas. Si se lee la literatura empresarial, se verá que es como un pequeño texto maoísta, salvo por el hecho de que todos los valores de Mao se hallan invertidos. La elite empresarial comprendió, ya a principios de siglo, que el creciente poder político de las masas constituía una amenaza, la mayor amenaza, para el poder empresarial y que, por tanto, había que hacer algo. Y como habían perdido la capacidad de hacerlo, necesitaban, según sus propias palabras, controlar la mente pública, que es la mayor amenaza para sus intereses corporativos. Y así fue como se creó una nueva industria, la industria de las relaciones públicas, cuya misión consiste en controlar la mente pública. Luego, más tarde, Europa, Japón y sociedades más atrasadas adoptaron el procedimiento y cuentan ya con una cosa similar; pero el pionero fue Estados Unidos.

La industria de las relaciones públicas gasta enormes sumas de dinero. Nadie sabe cuánto, porque recuerden que, en el mundo empresarial, impera el secreto; pero unas cuantas tentativas que hizo el Congreso hace unos años de investigarlo aportaron cifras de miles de millones de dólares al año para controlar la mente pública. Y esto fue en 1970. Hoy, probablemente, sea mucho más. Es muchísimo dinero, un enorme esfuerzo que se canaliza a través de toda una amplia gama de medios de comunicación y adoctrinamiento. En el período moderno, los medios y la televisión son los que presentan una imagen de la vida tal como habría que vivirla según el punto de vista de los que mandan. Todos deberíamos ser consumidores felices, y consumir lo más posible. Pero a nadie le interesa si uno tiene que luchar en el trabajo; tus problemas existenciales quedan para ti al final del programa.



Y todo esto lleva intercalados, además, montones y montones de anuncios publicitarios que procuran convencer, sobre todo a los jóvenes, de que lo mejor que pueden hacer es gastar hasta el último centavo en comprar zapatillas de doscientos dólares, o lo que sea, porque así es como hay que vivir la vida. En fin, éste es un aspecto del sistema de control del pensamiento. Otro aspecto es la distracción pura y simple de la chusma. Tenemos que quitárnosla de encima. Basta que consigamos que preste atención a otra cosa, no a los asuntos públicos que no son cosa suya. Por lo tanto, hay que procurar que se distraiga con el deporte, el sexo, la violencia... con lo que sea. Cualquier cosa, siempre que no sea algo que los ayude a participar en el control de sus vidas, porque eso no está permitido en una democracia.

Está también el adoctrinamiento directo, es decir, ofrecer una imagen del mundo que se ajuste a la ideología. Suele estar dirigido a los miembros de las clases cultas, a aquellos que han de tomar las decisiones que pueden influir algo; son los dirigentes, dirigentes empresariales, dirigentes culturales, dirigentes políticos, etcétera. Es muy conveniente que crean en lo que tienen que creer porque disponen de un cierto margen de maniobra. Así que la propaganda principal y más esmerada, en un cierto sentido limitado, va dirigida a las clases cultas.

Resulta bastante sorprendente comprobar los efectos. Hay diferencias muy significativas de opinión y conocimiento entre la chusma (los que deducen simplemente por sus propios instintos, porque los están distrayendo) y las clases cultas (a las cuales se somete a un adoctrinamiento generalizado). Y hay, por supuesto, razones internas para creer que eso cumple su función.

Hay un segundo método de control que consiste simplemente en separar a las personas, mantenerlas aisladas, procurar que no haya ninguna organización en la que puedan agruparse. Si la gente está sola, si la gente más pobre, gente impotente, combate sola contra el poder concentrado, está desvalida. No sabe qué pensar, no puede tener ideales, ni tanmpoco realizarlos, no se ve capaz de hacer nada por ellos. Es muy importante, pues, destruir

las organizaciones y aislar al ciudadano.

(...)

Estas son tendencias claras y evidentes, y continuarán; eso es la democracia. En cuanto al capitalismo liberal, lo cierto es que toda esa palabrería sobre capitalismo liberal y sistemas de mercado son sólo fantasías ensoñadoras. Si miramos atrás en la historia de la economía hay algunas lecciones muy claras; todo país rico y poderoso, sin excepción, ha conseguido serlo violando esos principios, violando radicalmente esos principios. Esto ni siquiera es discutible. Todo país que ha seguido tales principios ha sido un completo desastre. En realidad en el único sitio donde se siguen es en el Tercer Mundo. De hecho están destinados a él, para que resulte más fácil robar a la gente. Si un país sigue estos principios de mercado libre lo robarán a manos llenas. De ahí precisamente que toda sociedad desarrollada, empezando por Gran Bretaña, haya destruido a sus competidores por la fuerza. Inglaterra destruyó las manufacturas textiles indias estableciendo elevadas barreras proteccionistas, se apoyó en la sustitución de importaciones, y así han seguido las cosas hasta el presente.

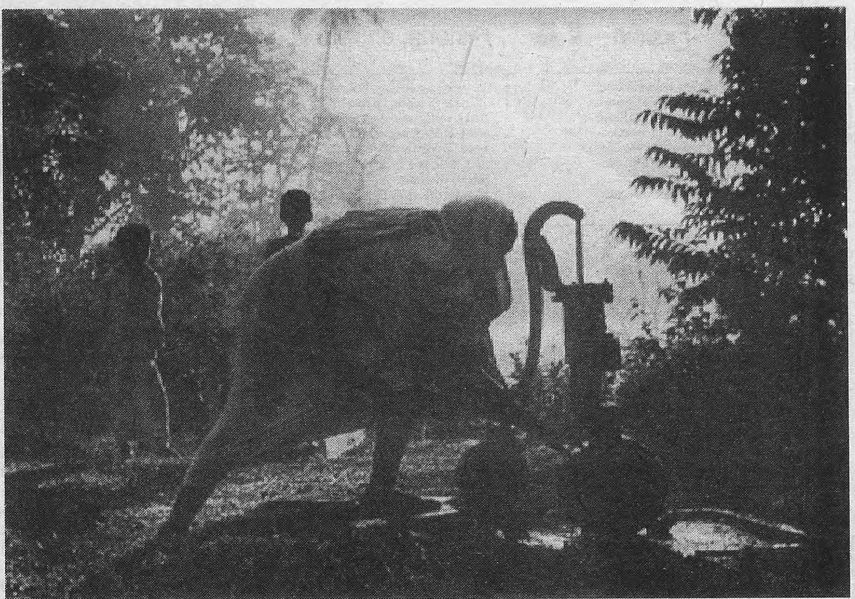
La idea de que el capitalismo podía ser un sistema viable desapareció hace unos sesenta años. Ahora lo es sólo en el sentido ideológico, o en el material que se produce para la gente del Tercer Mundo, a la que quieren robar y destruir. Si el comercio internacional lo controlan conglomerados empresariales cada vez más inmensos, si crece la cuota del comercio internacional que corresponde a transacciones de grandes empresas centralizadas con sus filiales en el exterior, es evidente que los mercados decaen. Aunque la teoría económica clásica sostenga que hay un mar de mercado libre y luego islas pequeñas en él, que son los negocios y las empresas, es cosa sabida desde siempre que una empresa tiene su propiocontrol central, que no hay comercio libre dentro de la empresa. ¿Cuál es, en este momento, el tamaño del mar, de un mar que nunca fue en realidad un mar de comercio libre? Pues de los veinticuatro países más industrializados, veinte son más proteccionistas ahora que hace treinta años.

Ese es uno de los principales motivos de que la distancia esté creciendo entre el Tercer Mundo y el Primer Mundo; la otra razón principal es que el Tercer Mundo se ha visto sometido a lo que se llama fundamentalismo del FMI, políticas económicas neoliberales que han resultado destructivas, claro. Hay más proteccionismo entre los ricos, más liberalismo de mercado libre entre los pobres y, como es de suponer, el resultado es que las diferencias serán cada vez mayores. Europa Oriental vuelve a su papel clásico de Tercer Mundo: la Guerra Fría es básicamente una fase en la evolución doctrinal de la conquista. Lo que se llama el concepto Norte-Sur es un eufemismo de la conquista europea del mundo. Hay unas sociedades industriales ricas y poderosas que roban a todos los demás, y el Tercer Mundo, que es un área de servicio, que proporciona recursos, materias primas, mano de obra barata, mercados, oportunidades de inversión. Y hoy en día oportunidades para exportar contaminación y otros servicios similares.

Ahora bien, hay una amenaza constante para este sistema. La mayor amenaza en el período siguiente a la Segunda Guerra Mundial, según los planificadores, que adoptaron un enfoque global, son los regímenes radicales y nacionalistas del Tercer Mundo, que se verán sometidos a presiones de las masas de su población para que suba el nivel de vida y se diversifique la producción para cubrir las necesidades domésticas. Toda forma de gobierno del Tercer Mundo que sea sensible a los intereses de sus propios ciudadanos se convertirá en una amenaza, porque eso significa, claro, que no son sensibles al valor superior de nuestros intereses. Y la prensa de los negocios explica esto en términos marxistas corrientes, es decir, que hay que mantener un clima de inversión saludable, con remesas de lucros adecuadas para los inversores, y todo eso se vería amenazado si los gobiernos comienzan a responder a presiones de su propia población o empiezan a producir para las necesidades nacionales. Esa es la gran amenaza y hay que destruirla, por supuesto; no se puede permitir que exista un peligro de esa naturaleza. Y la amenaza se hace mayor si un país se mueve en una dirección independiente y muestra algún signo de éxito real. Entonces se convierte en lo que se llama una manzana podrida, que puede echar a perder todo el cesto, o en un virus capaz de infectar a otros. Así, el Chile de Allende, por ejemplo, se describía como un virus que iría infectando a otros hasta llegar incluso a Italia. No es que Kissinger creyese que las hordas de Allende caerían sobre Roma, pero sí pensaba que transmitiría un mensaje peligroso a las hordas italianas: el de que se pueden introducir reformas sociales democráticas a través de procedimientos parlamentarios. Era un virus que podía infectar a otros. Nicaragua era un virus, Vietnam era un virus, y todos han sido destruidos. Cuando se tiene un virus, las cosas se ponen feas. Hay que acabar con él y hay que vacunar a todos aquellos que lo rodean, para que se vea claro que se trata de un virus. Una vez destruida la amenaza, se imponen Estados terroristas alrededor. Es una pauta característica. Los Estados neonazis de seguridad nacional de Latinoamérica, que se extendieron por la zona a partir de la administración Kennedy, fueron una tentativa de responder al virus cubano. Y sucedió lo mismo en el sudeste asiático, es una pauta muy característica.



"La vuelta de Europa Oriental al papel del Tercer Mundo ofrece nuevas oportunidades para reprimir a la gente en Occidente. La General Motors va a cerrar plantas en Norteamérica pero está construyendo una inmensa en una zona de Alemania Oriental donde hay un 40 por ciento de desocupación."



"El Tercer Mundo se ha visto sometido a lo que se llama fundamentalismo del FMI. Hay más proteccionismo entre los ricos, más liberalismo entre los pobres y las diferencias serán cada vez mayores"

(...)

La vuelta de Europa Oriental al papel del Tercer Mundo ofrece nuevas oportunidades para reprimir a la gente en Occidente del modo tradicional. Así, si uno es un ejecutivo de la General Motors, una de las formas de atacar a la fuerza laboral estadounidense –el enemigo interior– es trasladar la producción a zonas de alta represión, como por ejemplo México o Tailandia. Ahora Europa Oriental está disponible también. De hecho, la General Motors va a cerrar veintiún plantas en Norteamérica, pero está construyendo una inmensa en una zona de Alemania Oriental donde hay un 40 por ciento de desocupación. Según el *Financial Times* de Londres, allí no tendrán que preocuparse por los trabajadores mimados de Europa Occidental: no exigen salarios altos, ni vacaciones, ni todas esas bobadas.

El director de Daimler-Benz hizo la misma advertencia la primavera pasada, cuando hubo una gran oleada de huelgas. "Sigan así", dijo "y trasladaremos la producción a otra parte y muy rápido." He ahí, pues, otra función del Tercer Mundo, la de servir de instrumento para que pueda instalarse una estructura tercermundista en las propias sociedades ricas. Y téngase en cuenta que esto es un corolario de la globalización de la producción y de la globalización de las finanzas. Si el capital puede circular libremente, la producción irá a las zonas de mayor represión y con salarios más bajos. Y eso significa el modelo del Tercer Mundo, esta especie de modelo a dos niveles que separa la gente rica de la gente pobre, y llega a separar sociedades enteras.

Tales tendencias se basan principalmente en la destrucción de toda democracia significativa, en la destrucción de toda posibilidad de que la chusma participe, o incluso (como en el período actual) de que sepa lo que ocurre. El estadio más alto de la destrucción de la democracia es cuando la población general no puede saber siquiera qué decisiones se están tomando porque se halla totalmente aislada.

Hay tendencias contrarias. La crisis de la democracia, que tanto preocupó a las elites, fue muy real, constituyó un avance cultural y moral enorme de gran parte de la población. Ha sido sin duda muy espectacular en los últimos treinta años. Es sorprendente en Estados Unidos y yo creo que, más o menos, en todas partes. Esa es una tendencia contraria, una tendencia extremadamente importante. No tiene forma institucional alguna de la que se pueda hablar, pero está muy difundida y posee hondas raíces. De cuál de estas dos tendencias prevalezca dependerá si va a haber un mundo o no en que una persona decente querría vivir.

Best Sellers///

Ficción

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Paula*, por Isabel Allende (Sudamericana/Plaza & Janés, 17 pesos). Durante la agonía de su hija Paula, la autora de *La casa de los espíritus* le relató la historia de sus antepasados, los recuerdos de su infancia y algunos avatares de Chile, y son esos relatos los que reúne en este volumen.	1	6
2	*De amor y de sombra*, por Isabel Allende (Sudamericana, 15 pesos). Con la dictadura de Pinochet en Chile como marco histórico y geográfico, la autora de *La casa de los espíritus* narra el romance entre un hombre y una mujer de sectores sociales opuestos que deben luchar por vivir en un país signado por las muertes y las torturas.	2	7
3	*El primer hombre*, por Albert Camus (Tusquets, 18 pesos). El autor de *La peste* y *El extranjero* relata la historia de un hijo sin padre, educado en la miseria y criado por una abuela autoritaria, que va creciendo y haciéndose a sí mismo hasta alcanzar el éxito. Una novela en la que la historia toma prestado mucho de la vida de su propio autor.	3	3
4	*Acuérdate de mí*, por Mary Higgins Clark (Plaza y Janés-Solaris, 19 pesos). Una mujer decide escapar de la culpa que siente por la muerte de su hijo llléndose con su marido a una casa sobre la costa. Pero en ese aislamiento todo se vuelve misterioso y el aire toma forma de conspiración.	6	2
5	*Verdades ocultas*, por Belva Plain (Emecé, 16 pesos). Detrás de una familia feliz se esconde un padre que posee un pasado turbio y un hijo que pretende ocultar. En medio de tanto misterio la madre hace lo posible por encontrar la causa de la violencia que destruye su entorno.	8	3
6	*La novena revelación*, por James Redfield (Atlántida, 22 pesos). Un hombre viaja a Perú en busca de cierto manuscrito que contiene las nueve revelaciones sobre la vida y sus misterios. Quién sabe si lo halló o no: lo cierto es que inauguró la novela new age.	4	23
8	*Huésped de un verano*, por Magdalena Ruiz Guiñazú (Planeta, 14 pesos). Tras una extensa carrera como periodista, la última ganadora del Martín Fierro de Oro debuta en la narrativa con esta saga de una familia de los años 40, que es al mismo tiempo un recorrido por personajes y hechos de la Argentina.	7	15
7	*Placeres privados*, por Lawrence Sanders (Emecé, 16 pesos). Un investigador ha fabricado una píldora que al ser administrada a los humanos aumenta su agresividad y su potencia sexual. Los militares son los primeros interesados en experimentar con el invento, pero alguien roba el secreto y desata una trama que conjuga violencia y sexo.	5	3
9	*Nada es eterno*, por Sidney Sheldon (Emecé, 17 pesos). El autor de *Más allá de la medianoche* cuenta la historia de una joven médica acusada de matar a un paciente terminal para quedarse con su herencia. Pero durante el proceso resucita un pasado lleno de ambiciones, asesinos, amantes y traidores.	10	30
10	*De cómo los turcos descubrieron América*, por Jorge Amado (Emecé, 12 pesos). El autor de *Doña Flor y sus dos maridos* vuelve al mítico clima del nordeste brasileño para contar la historia de dos amigos turcos que a comienzos de siglo emprenden una nueva vida .	–	13

Historia, ensayo

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*El vuelo*, por Horacio Verbitsky (Planeta, 15 pesos). Horacio Verbitsky, colaborador de este diario, recoge el descarnado testimonio de un oficial de la Escuela de Mecánica de la Armada, Adolfo Scilingo, sobre las violaciones a los derechos humanos en la última dictadura militar.	1	4
2	*Pizza con champán*, por Sylvina Walger (Espasa Cape, 16 pesos). Colaboradora de **Página/12** y socióloga, Sylvina Walger mezcla sus dos formaciones para ofrecer una radiografía de los nuevos hábitos de las clases dirigentes y su corte en la Argentina de fin de siglo.	2	14
3	*Los dueños de la Argentina, II*, por Luis Majul (Sudamericana, 18 pesos). Con el subtítulo de *Los verdaderos secretos del poder*, este segundo volumen continúa trazando perfiles de los poderosos, esta vez Pérez Companc, Roggio, Soldati y Pescarmona.	3	20
4	*Historia integral de la Argentina, II*, por Félix Luna (Planeta, 25 pesos). El segundo de los nueve volúmenes que conforman la obra del autor de *Soy Roca*. Subtitulado *El sistema colonial*, el libro abarca el siglo XVII y gran parte del XVIII, abordando temas como la instalación del sistema colonial y la vida y las costumbres de la sociedad de aquellos años.	4	3
5	*El ángel*, por Víctor Sueiro (Planeta, 15 pesos). El autor de *Poderes* sigue escrutando los cielos de lo sobrenatural: encontró al ángel y, lejos de ponerse a discutir su sexo, analizó sobre la base de las escrituras, estudios teológicos y hasta la consulta a un angelólogo, al ente alado.	5	20
6	*El hombre light*, por Enrique Rojas (Temas de Hoy, 14 pesos). ¿Vive usted para satisfacer hasta sus menores deseos? ¿Es materialista, pero no dialéctico? ¿Es un hombre light, un hombre de hoy? Críticas a ese ser hedonista y mezquino se mezclan con propuestas y soluciones.	6	17
7	*Sueños de fútbol*, por Carmelo Martín (El País-Aguilar, 17 pesos). Vida y obra de uno de los mejores futbolistas y técnicos que ha dado la Argentina. Jorge Valdano habla de la concepción del fútbol y de la vida.	–	1
8	*Argentina en el callejón*, por Tulio Halperín Donghi (Ariel, 15 pesos). Edición corregida y aumentada de este libro publicado en 1964, en el que el autor de *Historia contemporánea de América Latina* estudia el proceso argentino que se desató con el golpe de Estado de 1930 y que culminó con el ascenso y la caída del frondicismo.	8	3
9	*El último colimba*, por Jorge Urien Berri y Dante Marin (Planeta, 18 pesos). Una exhaustiva investigación sobre el asesinato del colimba muerto a golpes en un regimiento de la Patagonia. Entrevistas con losfamiliares y los testigos del caso y una pormenorizada descripción del papel de la Justicia durante el juicio.	9	3
10	*Cortinas de humo*, por Jorge Lanata y Joe Goldman (Planeta, Colección Espejo de la Argentina, 16 pesos). Una investigación monumental sobre los atentados a la embajada de Israel y la AMIA. Más de ochocientos testigos y una compleja maraña de evidencias contradicen las versiones oficiales de un caso aún no resuelto por la Justicia.	–	13

Librerías consultadas: Del Turista, Fausto, Gandhi, Hernández, Norte, Prometeo, Santa Fe, Yenny (Capital Federal), El Monje (Quilmes), Fray Mocho (Mar del Plata), Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross, Técnica, (Rosario), Rayuela (Córdoba), Feria del Libro (Tucumán).

RECOMENDACIONES DE PRIMER PLANO///

Jorge Halperín: **La entrevista periodística** (Paidós, Colección Estudios de Comunicación). El editor de la sección Opinión y el suplemento cultural de *Clarín* inaugura con este volumen, subtitulado *Intimidades de la conversación pública*, una colección que, si todos sus textos son como éste, no está dedicada sólo al limitado público de periodistas. De modo casi narrado, ágil y claro, Halperín propone –desde su experiencia y la de otros, como García Márquez, Fallaci o Eco– entender un género mucho menos sencillo de lo que parece.

Carnets///

ENSAYO

Hegel contra Kant

CREER Y SABER, por G. W. Friedrich Hegel. Traducción de Jorge Aurelio Díaz. Norma, Colección Cara y Cruz, 1994, 292 páginas.

Qué ocurre si la filosofía, que se proponía restablecer sobre la Tierra un paraíso habitado por hombres libres, renuncia a sus fines más auténticos para participar de la opresión? *Creer y saber* (1803), bajo el ropaje de discutir cuestiones teóricas, intenta dar respuesta a este problema. Hegel intentó siempre eludir la policía y la censura, pero no renunció al compromiso político. Nunca quiso ofrecer la imagen de un filósofo inmerso en conceptos inertes. Preocupado por la historia, la política y la economía, dedicó una vida a infundir realidad en el pensamiento teórico, mostrando en qué medida los conceptos son sensibles a las transformaciones históricas. El filósofo, para quien la lectura de los periódicos es la plegaria matutina del hombre moderno, era muy escéptico con planteos alejados de la realidad cotidiana. Cada filosofía es hija de su tiempo, y es insensato creer, dice Hegel, que un pensamiento pueda franquear el Ródano y arrogarse derechos de eternidad.

Pero tampoco es la historia de la filosofía una aproximación a verdades inmutables. La aventura del conocimiento no puede describirse como línea recta; es un proceso donde el sujeto se transforma al modificar esa realidad social que se propone conocer. En *Creer y saber* Hegel acomete contra la filosofía que brinda una imagen estática de la realidad humana, contra los esfuerzos de la escuela especulativa –Kant, Fichte, Jacobi– por descomponer al hombre en una serie de capacidades aisladas y coser luego el desgarrón mediante las máximas morales. Kant realiza "una cruel disección que mutila al hombre" al dividirlo en una mitad intelectual y otra sensible; privado de su lado natural, el espíritu humano se convierte en una abstracción vacía. La filosofía kantiana celebra la "espiritualización" y la victoria sobre los impulsos instintivos.

Pero Kant no olvidó esa variante del protestantismo en la que había sido educado, el pietismo: no resistió la tentación de atar a los hombres a un yugo externo, el de la ley moral. Representante del "gran principio del Norte" encarnado en los pueblos germánicos, sucesor de Lutero, que había renunciado a "conquistar riquezas y acumular un dominio mundano cuyo territorio dé la vuelta a la Tierra y donde nunca se oculte el sol" para profesar un espiritualismo intimista, Kant ansía crear una moral con normas tan rigurosas como las de la mecánica celeste. Consigue crear una máquina de ruedas dentadas que reprimen los instintos y sacrifican los apetitos naturales. Al eliminar la naturaleza, el Tartarín de Königsberg creía posible restaurar el enlace con el mundo de las ideas, que la filosofía materialista había suspendido durante el Siglo de las Luces. El resultado, según Hegel, es la más intensa explotación: el despotismo antiguo sometía bajo una opresión externa; Kant hace de los hombres esclavos de sí mismos, servidores de las reglas morales. Uno de los indicios de la esclavitud moderna es la separación del Creer y el Saber: señal de un desgarramiento que encuentra expresión en la filosofía kantiana. Al aislar dos provincias de la experiencia humana que durante eras habían estado unidas, Kant sólo consigue vaciarlas de sentido, convirtiéndolas en realidades formales. Si ubicamos en una esfera inalcanzable para el intelecto el objeto de la experiencia religiosa, ésta se convierte en un gesto exterior sin alma. Si restringimos las posibilidades del conocimiento científico a los fenómenos que nuestros sentidos perciben, y si, negando al espíritu la capacidad de comprender el mundo, nos limitamos a estudiar los órganos de conocimiento, entonces despojamos a la razón de sus cualidades. La filosofía ilustrada había acusado a la Religión de adorar a Dios, un producto de la mente cuya

BIOGRAFIA

Periodismo prolijo

VIRUS. UNA GENERACION, por Daniel Riera y Fernando Sánchez. Sudamericana, 1995, 216 páginas.

Hace rato que el rock, y lo que más ampliamente puede denominarse la "cultura rock", rebasó los límites de las revistas especializadas. En parte por la incorporación del rubro a los grandes medios –en especial los suplementos juveniles–, en parte porque hace rato que el rock nacional dejó las catacumbas y porque también interesa a estudiosos de diversa índole. No es de extrañar que un libro que promete reseñar la historia de Virus genere una buena expectativa y más aun si, como sucede con el trabajo de Daniel Riera y Fernando Sánchez, se promete –como dice el subtítulo– que hablar de Virus es hablar de "una generación".

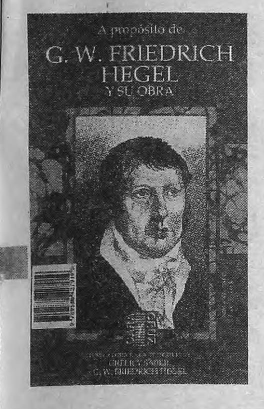
Hacia el final del libro, antes de los apéndices discográficos y documentales, se señala: "Virus atravesó inevitablemente los tres momentos sociales y culturales claves de la década: la búsqueda del placer en medio del clima de asfixia instaurado por la dictadura, la alegría esperanzada fundada en el regreso de la democracia, y la decadencia y el desencanto posteriores". O sea, se apostaba a una lectura con claves –estéticas, sociales y culturales– de las que Virus venía a condensar diversos sentidos del momento, los años ochenta. Lo primero que se podría decir al respecto es que la historia de la banda y el cruce biográfico con los miembros de la familia Moura, y Federico en particular, encaja efectivamente con esta pretensión más abarcativa.

Esa buena intención no marca el rumbo que el libro toma. Cuando a veces lo intenta, enseguida deja por el camino, como si atemorizados por el material que deben manejar –y que gracias a un trabajo de acopio es abundante y confiable–, los autores se echaran hacia atrás. ¿Virus sigue atemorizando? Pareciera que los autores retroceden frente a las mismas comprobaciones que van constatando. Más allá de la respetable decisión de no incursionar excesivamente en la vida privada de las personas, no se pueden obviar lecturas simbólicas sobre un líder muerto de sida y con un hermano mayor desaparecido, un artista estetizante y decadente –en el sentido riguroso de lo que fue esta tendencia del arte moderno, no como adjetivo moralizante– en medio de un panorama musical rockero donde la transpiración vale más que la sutileza, una banda que más allá de las declaraciones fue la primera en poner en escena una estética gay; un grupo acusado de frívolo y despolitizado por el sector psicobolche pero que no había concurrido a la gran farsa del rock nacional durante Malvinas; un grupo que enganchó sus letras con numerosas ondas de la época, que jugaban con las palabras, los intertextos y marcas teóricas altas como Michel Foucault sin perder lo bailable. Todo eso fue Virus y desde ya hay consigna de los hechos en este libro. Lo que falta, sencillamente, es análisis. Que explique por qué, entre otras cosas, eso fue transgresor e importante.



Es el problema del periodismo que, al pasar a los libros, quiere seguir siendo demasiado prolijo, demasiado informativo y demasiado respetuoso de su objeto. El riesgo es desdibujar el producto, nivelar hacia abajo, como si Federico Moura hubiera sido un adelantado a su tiempo porque sí, por magia.

CLAUDIO ZEIGER



existencia real es imposible conocer. ¿Acaso no obra de la misma forma la Filosofía especulativa –dice Hegel–, cuando asegura que la realidad objetiva es una "cosa-en-sí" tan inaccesible como la divinidad?

No debe sorprender que Kant contemple a los hombres como figuras pasivas ante un destino que no está en sus manos modificar y que el mundo aparezca como una superficie helada, inmodificable y hostil. La filosofía kantiana es ineficiente para explicar la praxis humana: no imagina que el pensamiento debe ser una realidad capaz de modificarse con la mutación histórica.

Los continuadores de Kant ensayaron resolver el abismo que separa de la ética al mundo natural. Schiller encontró la propuesta más exitosa al ofrecer la experiencia estética como principio de solución. El hombre es libre sólo cuando juega, y el arte provee esa posibilidad de escapar de la sensualidad a través de divertimentos, abriendo el camino hacia la Razón y la educación moral. Pero Hegel prefiere enfrentarse con Fichte y Jacobi, figuras adversas a su pensamiento pues intentaron profundizar la brecha entre razón y naturaleza, en lugar de buscar una mediación.

Uno y otro de los discípulos kantianos representan formas típicas de reacción ante la crisis en la filosofía del maestro. Fichte decide convertir la ética kantiana en fundamento de la teoría del conocimiento y elabora una moral ascética, casi espartana, que subraya la importancia del deber cumplido y la rigidez de las máximas. El ciudadano-burgués crece hasta devenir fuente y creador de la realidad toda. El pensar de Jacobi es el contrario: precursor del romanticismo y de la "filosofía de la vida", deseaba reducir el papel de la conciencia y socavar la eficacia de la regla moral: la ley ha sido hecha para el hombre, y no al revés. Fijar una única ley para el león y el buey es opresión; disponer una ética universal, como hace Fichte, es someter al individuo. Que cada uno busque dentro de sí sus principios; que el corazón dicte, sin atender a la razón represora.

Para Hegel, Fichte y Jacobi coinciden, puesto que son incapaces de pensar a la persona humana como ser concreto y activo, perteneciente a una sociedad, una época, una región y una cultura. Ambos proyectan imágenes mutiladas como si se tratara de la totalidad: Kant y Fichte ponen el acento, objetivamente, sobre las instituciones, creyendo en la atemporalidad de las reglas; Jacobi mira al individuo y lo sueña solo, ciego y sordo a la voz de la sociedad, desarrollándose como una larva.

Kant y sus seguidores quieren resolver la crisis del mundo, no por la praxis, sino mediante el intelecto. La filosofía especulativa apunta al hombre aislado en la sociedad civil, sumido en el quietismo. Hegel cree con firmeza que la persona humana se realiza como tal en el seno de un rebaño, como un ser activo y socializado, laborioso y libre. El gran sueño de Hegel –desde su juventud siempre lo ha sido– fue el de convertirse en un auténtico ciudadano.

ALFREDO GRIECO Y BAVIO

El *Naranjo*, un conjunto de cuentos que según su autor, Carlos Fuentes, marcaba el fin de todo un ciclo épico denominado *La edad del tiempo*, mostraba, a partir del incesante rebrote de una semilla, movimientos recurrentes, vinculaciones entre el pasado precolombino, la conquista y los episodios de la modernidad, a través de palabras que perviven y "no cicatrizan". Relevaba en la diacronía la presencia de una necesidad o un deseo que atravesaba barreras temporales afirmando por sobre todo una constante –simbolizada en la nítida consistencia y color de un fruto– para remitir a un renovado acto fundacional. De color similar, aunque más tenue, como Venus reclinada o Maja que mira de costado, es la figura femenina que, admirándose y avergonzándose de su desnudez, se exhibe, fraguada entre unos cactus que parecen crecer en un fondo de mar, en la portada de *Diana o la cazadora solitaria*, un relato también inscripto en la totalizadora propuesta de dar cuenta del tiempo, esta vez entre las *Crónicas*.

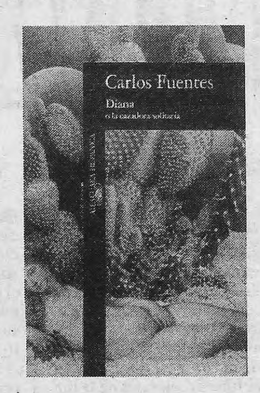
En lugar de enlazamientos entre épocas diversas, con personajes anclados en una obsesión que se proyecta hacia el futuro y el pasado, como los que poblaban *El Naranjo, Diana o la cazadora solitaria* condensa un momento aislado del continuo transcurrir para configurar, no un episodio que se significare por la trama en que se insertaría, sino por la intensidad del acontecimiento. No importa que éste se haya convertido en pasado, de lo que da cuenta desde el comienzo el tono del relato, signado por la evocación: "Conocí a Diana Soren una noche de Año Nuevo...". Las circunstancias y situaciones a las que se alude

FICCION

El misterio de Diana

DIANA O LA CAZADORA SOLITARIA, por Carlos Fuentes, Alfaguara, 1994, 226 páginas.

en descripciones o diálogos directos reconstruyen rápidamente una etapa reciente. Los escenarios se van reduciendo a costumbres: la pasta dentífrica o las estadías transitorias más o menos peligrosas en ciudades diversas y residencias sofisticadas. El gesto de presentificación se evidencia en el retrato que se traza a lo largo de los capítulos, de una mujer, Diana Soren. Su figura se impone por el contraste con otras figuras femeninas, más coherentes, con función explicativa, convencionales, coyunturales. Diana, en definitiva una actriz más fracasada que virtuosa, una drogadicta perdida, una buscadora de mágicas relaciones que no aparecen por ninguna parte, conserva un misterio más declarado que comprensible. Tan intensamente cultivado que llega a inmolarse por él. Como fondo, otras historias de amor o amistad; como perspectiva, nada.



Especie de Maga de Cortázar, Diana se cruza en la vida de un escritor en el punto en que éste trenzaba la fama con los halagos y desafíos del mundo. La perplejidad del narrador puede entonces leerse menos como unhomenaje a la actriz que como la decisión de registrar un hito no poco importante en la historia –en la general y en la suya propia–, esa que siempre ha obsesionado a Fuentes. Una suerte de crónica de una muerte anunciada, el tono da suficiente indicio de que Diana no es ni puede ser sino un episodio transitorio, con la permanencia y densidad del instante. A partir de las aventuras de una mujer apasionada en pos de un algo inasible –simultánea e inverosímilmente madre, amante, revolucionaria, artista, lumpen y transgresora, una mistificada tipificación– es posible, sin embargo, reconstruir ciertos rasgos de los años sesenta: "Lo quería todo, pero no de una manera avara o egoísta, sino todo lo contrario, como una forma de generosidad consigo misma, pero también con el mundo, los mundos que iba viviendo. La provincia del Medio Oeste norteamericano, Hollywood, el mundo intelectual que su marido le ofreció en París, la rebelión de los sesenta, las causas liberales, los Panteras Negras, el revolucionario mexicano, todo lo iba acumulando..." Y también la relación con el escritor que años después iba a contar su historia, la de los dos.

SUSANA CELLA

GUION

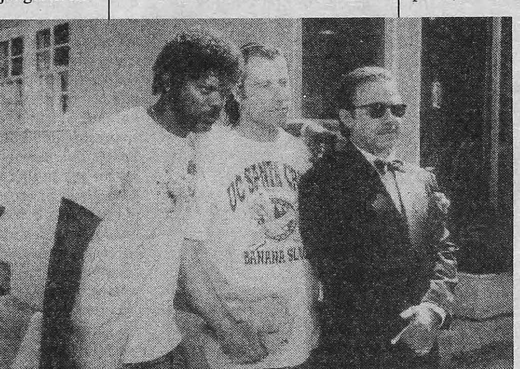
La perfecta máquina

PULP FICTION, por Quentin Tarantino. Mondadori, 1995, 164 páginas.

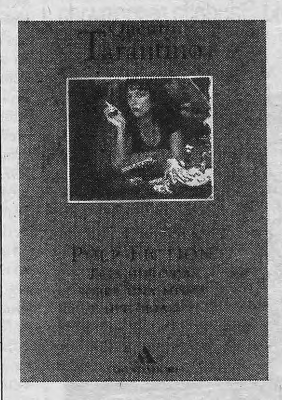
David Letterman, el presentador más famoso y supuestamente agudo de Estados Unidos, comentó tras un corte publicitario en la emisión de la entrega de los Oscar: "Yo también me estoy haciendo pis hace tres horas. Pero voy a esperar hasta el final". La agria indirecta estaba destinada a Roger Avary, quien junto con Quentin Tarantino había subido al escenario en el bloque anterior para recibir el Oscar al mejor guión original por *Pulp Fiction* y había terminado: "No puedo decir más, tengo que ir a hacer pis". El agradecimiento de Tarantino no había sido más formal: "Como es el único premio que me van a dar, aprovecho para decirle gracias a todo el mundo", había lanzado atolondradamente, para cerrar: "¡Gracias!".

El texto contundente disimulado por la frescura que los dos directores –Tarantino hizo *Perros de la calle* y *Pulp Fiction*; Avary filmó *Killing Zoe*– expusieron ante un atónito Anthony Hopkins, encargado de darles las estatuitas, es una estrategia similar a la del guión de la película que, de las muchas nominaciones que tuvo, sólo logró ese premio. Letterman se perdió, además de la ocasión de callarse, una broma nada inocente con la escena 22 de *Pulp Fiction*, donde Vincent Vega le dice a Mia Wallace: "Tengo que ir a hacer pis" y, mientras se ocupa de esos menesteres, comienza el ya famoso episodio de la línea de heroína, la corrida infernal a casa del dealer y la inyección de adrenalida directa al corazón.

Con el sello de Mondadori se distribuyó aquí el guión de *Pulp Fiction*, impreso en España. Por ser su lenguaje coloquial, la traducción es sencillamente insoportable para quien habla el castellano del Río de la Plata. "¡Que todo el mundo se quede quieto! ¡Esto es un atraco!", grita Pumpkin en la escena de la cafetería. Y, lo que es mejor aún, Honey Bunny agrega: "Si alguien mueve un solo dedo, me lo cargo aquí mismo. ¿Lo habéis entendido?", mientras en la versión en inglés –*"Any of you fuckin' pricks move and I'll execute every one of you motherfuckers"*– la niña utiliza un lenguaje bastante más soez y una palabra que designa una parte de la anatomía masculina que no es precisamente el dedo. Sin contar que Pumpkin y Honey Bunny son nombres cariñosos entre enamorados –amorcito, papito, cariño, corazón, por ejemplo– y no, como pretende el traductor, "Calabaza" y "La Conejita Honey" (pronunciar con acento español).



A sobrellevar ese tipo de detalles ayuda la memoria de las imágenes: es improbable que compre el libro alguien que no haya visto *Pulp Fiction*. Y el guión es la perfecta máquina que, sin salir de casa y hasta que se edite el video, permite repetir la felicidad de la película tantas veces como se quiera. Los diálogos bobos y adorables entre Vincent y Jules –el del Royale con Queso, el del masaje de pie, el del milagro, el de la carne de cerdo–, la magistral presencia del Lobo –"Soy Winston Wolf. Soluciono problemas"–, el abismo entre Butch y Fabienne –que cierra con el gran pasaje de "Zed está muerto, cariño. Zed está muerto"–, las frases inolvidables –como la de Lance: "La cocaína está tan muerta como la música disco. La heroína vuelve por sus fueros, y a lo grande. Es esa nueva moda retro de los setenta"–, el episodio del reloj que pasó de generación en generación y de culo en culo. Y un diálogo donde Vincent le cuenta a Mia sus preferencias en televisión –"Siempre *La familia Partridge*, no hay comparación posible", "Siempre *Embrujada*", "Emma Peel, de *Los vengadores*"– que el corte final no dejó, porque al comienzo Vincent se jacta ante Jules "Yo no veo la tele".



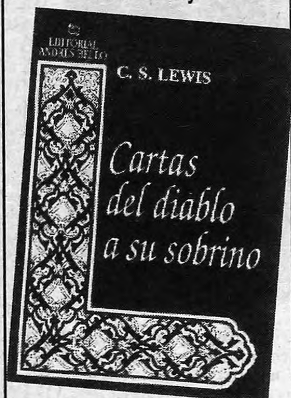
El reconocimiento de Tarantino como guionista precedió su fama como director. Para probarlo están *True Love*, dirigida por Tony Scott y que tal vez en breve llegue a este fin del mundo, y *Natural Born Killers*, que Oliver Stone redujo a papel picado –según el autor– pero aún así resistió. *Pulp Fiction* –escrita por Tarantino en base a ideas propias y del incontinente Avary–, sus tres historias magníficamente entrelazadas para contar una historia, confirma el reconocimiento y va más allá: la literatura *pulp* vive en el texto de este ex empleado de videoclub tal veztanto como en *Double Indemnity*, por ejemplo, guión que Billy Wilder y Raymond Chandler escribieron en base a la novela de James M. Cain.

GABRIELA ESQUIVADA

BIOGRAFIA Y OBRAS DE C. S. LEWIS, ESCRITOR FASCINANTE Y CURIOSO

UNA VIDA OBSERVADA

Tras el éxito de la película de Richard Attenborough, "Tierra de sombras", sobre la vida de C. S. Lewis, la editorial Andrés Bello distribuyó varias de las obras del escritor irlandés –"Cartas del diablo a su sobrino", "El gran divorcio (Un sueño)" y "Cartas de C. S. Lewis a los niños"– junto con la excelente biografía que de él escribió A. N. Wilson. En esta página, Elvio Gandolfo recorre vida y obra de este autor fascinante y curioso.



ELVIO E. GANDOLFO

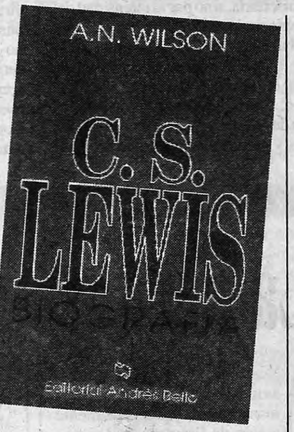
El viernes 22 de noviembre de 1963, entre mucha gente, murieron el presidente norteamericano John Fitzgerald Kennedy, el escritor y ensayista inglés Aldous Huxley y el escritor y creyente C. S. Lewis, de origen irlandés, igual que tantas otras figuras centrales de la literatura británica (Wilde, Yeats, Joyce, Beckett). Como es lógico, el atroz asesinato de Kennedy disolvió, disimuló, cualquier otra noticia, cualquier otra muerte simultánea. Pero el propio Lewis contaba con una presencia curiosa, esquinada, dentro y fuera de la lengua inglesa.

Para ese entonces se seguían vendiendo regularmente sus libros más "panfletarios" sobre el tema religioso, como sus *Cartas del diablo a su sobrino*, que antes habían sido charlas radiofónicas, o *Sorprendido por la alegría*, una muy disfrutable autobiografía centrada en su conversión al cristianismo. Se seguían difundiendo también regularmente las siete breves novelas que constituyen su ciclo *Las crónicas de Narnia*, como suelen difundirse los ciclos de literatura infantil, que dependen de un público fiel y de repetición cíclica: padres que leyeron en su infancia y que hacen leer en su madurez a sus hijos los libros que siguen conservando su energía imaginativa.

En lengua castellana habían circulado muy tempranas traducciones de su *Trilogía de Ransom*, tres novelas que transcurren en Marte, Venus y la Tierra. En la Argentina, muchos años después, aparecieron versiones de su magistral estudio sobre literatura medieval *La alegoría del amor* (en Eudeba), y una nueva edición de los libros de Ransom (en Andrómeda). Ya para entonces y en el último par de décadas, sin embargo, su nombre era opacado por el de su colega universitario y amigo J. R. Tolkien.

Un "teledrama" para televisión primero, y un film protagonizado por Anthony Hopkins y Debra Winger (*Tierra de sombras*), después, lo llevaron de pronto al primer plano. La editorial chilena Andrés Bello se dedicó a traducir y difundir en el Cono Sur buena parte de sus títulos en el último par de años. El libro autobiográfico en que se basaron el teledrama y la película, *Una pena observada* o *Una pena en observación*, conoció dos versiones casi simultáneas (la segunda, de Anagrama). La editorial chilena tuvo además la muy buena idea de traducir una biografía de A. N. Wilson: su equilibrio en el manejo de la información y su sutileza en la descripción de los entornos (hay por ejemplo una magistral pintura de una elección de profesor en Oxford) o de los matices de una figura compleja vuelven a hacer recordar al lector que las buenas biografías son más difíciles de encontrar aún que las buenas novelas.

TIEMPOS DIFICILES. La televisión y el cine eligieron, desde luego, la historia más romántica: un Lewis casi anciano que ha vuelto a vivir con su hermano mayor conoce a una divorciada norteamericana con dos hijos; se enamoran locamente, se casan, ella enferma de cáncer, tiene una recuperación milagrosa pero breve, y al fin muere.



Antes, sin embargo, Clive Staples Lewis, cuando ya comenzaba a destacarse en el ámbito universitario de Oxford, había tenido una curiosa pero conmovedora relación con una mujer mucho mayor que él, Janie Moore, que duró tres décadas. Antes aun había sufrido terriblemente la pérdida de su madre, había sido herido en la Primera Guerra Mundial, había asistido a dos curiosos colegios privados de la época (período magistralmente descripto en *Sorprendido por la alegría*), que incluían considerables castigos corporales, y había ido construyendo su personalidad: la de un robusto irlandés que unía el interés casi obsesivo por la literatura fantástica o los autores medievales con el gusto por la buena bebida y sobre todo la buena conversación.

Esa mujer que permanecía casi en la sombra, a la que el propio Lewis trataba de "madre", a la que obedecía en innumerables tareas cotidianas, a veces absurdas, no fue muy querida por sus amigos ni en la época ni en la posteridad. Supuestamente, habría sido una carga terrible para él, una aprovechadora de su bondad. Su biógrafo, sin embargo, ejemplifica una y otra vez el vínculo a la vez sentido y curioso que los unía (que suena sin embargo como un ejemplo perfecto de la hipocresía del momento, donde todo se toleraba mientras no se "supiera") y se limita a exponer un dato demoledor: en ese período Lewis escribió 25 libros. Sin contar sus célebres clases de literatura, las reuniones permanentes con los "Inklings" (grupo del que Tokien y él eran el centro) y modales que unían la vehemencia del polemista religioso a veces grosero con la extrema generosidad. Aunque con el tiempo él y Tolkien se distanciaron, Wilson apunta que difícilmente contaríamos hoy con esa saga extensísima que es *El señor de los anillos, "si C. S. L. no hubiera estado tan ansioso por leer el final"*.

SALTANDO LOS GENEROS. Cuando se lo lee hoy, después de los distintos flujos y reflujos del gusto o el estilo del último medio siglo, Lewis resulta un escritor fascinante y curioso, que mezcla en los sitios más inesperados el arcaísmo con la más estricta contemporaneidad. Orgulloso de no haber leído jamás a Joyce, renuente a conceder el menor halago a la poesía de T. S. Eliot, gustaba de ejercer a veces la prepotencia del panfleto o cierta rancia ironía contra quienes consideraba sus enemigos.

De los libros difundidos recientemente, *Cartas del diablo a su sobrino* es el que suena más envejecido o el que tiende a atraer a un sector de público más determinado, más preconvencido. Ese diablo mayor quiere que su sobrino corrompa a un humano. Pero se ocupa demasiadas veces de subrayar el extraordinario poder de su enemigo (el Bueno), y gran parte de las referencias contemporáneas han caducado para quien lee.

En *Sorprendido por la alegría*, en cambio, aunque se trate de los progresivos acercamientos y alejamientos de Lewis a la Fe, la prosa fluye como en un relato magistral, que disimula su estructura en el puro goce del armado de las frases, destinadas a expresar a fondo las amarguras de los internados infantiles, la figura ridícula (por eso mismo inolvidable) del padre, la herida salvaje de la muerte materna. Es, como el propio Lewis primero y su biógrafo Wilson después reconocieron, un libro queesquiva cosas, que apenas roza puntos centrales de su vida, pero autosuficiente por completo.

Su segundo libro autobiográfico, *Una pena observada*, está tan en los antípodas que bien podría llamarse



Arriba a la derecha, C. S. Lewis. En esta foto, Anthony Hopkins, que lo interpreta en "Tierra de sombras", recibe consejo del director Richard Attenborough, junto con la actriz Debra Winger.

C. S. LEWIS
EL GRAN DIVORCIO
UN SUEÑO

CARTAS DE C.S. LEWIS A LOS NIÑOS

Sorprendido por la pena. Para poder soportar lo insoportable, no sólo la muerte sino sobre todo la extensa agonía de Joy Gresham (a quien había homenajeado en el título en inglés del otro libro: *Surprised by Joy*), Lewis comienza a llenar algunos cuadernos que encuentra en su casa. El resultado es uno de los textos anglosajones en prosa más perfectos y a la vez más conmovedores de este siglo. A la descripción del dolor, a la duda terrible que corroe su creencia en un Dios benévolo, se agrega la descripción precisa como un bisturí de lo que es un amor a fondo, que paradójicamente no habría alcanzado ese nivel de expresividad escrita en caso de haber sido prolongado y satisfecho.

Los siete libros de *Las crónicas de Narnia* son fluidos y felices en otro sentido. No cuesta demasiado comprender por qué no fueron amados por Tolkien: a diferencia de su amigo, Lewis es rápido, lírico, poderosamente emotivo. No hay aquí las minuciosas, a veces pesadas, descripciones de aquella enorme saga. El mundo de Narnia no existe con el peso de los mundos trabajosamente construidos, sino con la energía, la imaginación salvaje y sorpresiva de Carroll, de los cuentos de hadas, de las aventuras en el país de Oz. Su sabor peculiar, al cabo inconfundible, surge de la fusión de elementos previos. Como en los libros de Alicia, hay una Puerta a otro mundo (allá un árbol, aquí un ropero). Como en Andersen, en el primer volumen hay una bruja del Frío. Como sólo ocurre en Lewis, sin embargo, el peso peculiar surge de que los personajes sufren dolores musculares, tienen hambre, estallan en bruscas rabietas. Y también de que el lector va percibiendo la personalidad del Gran Demiurgo que está tras ellos: un hombre que ama los perros y a quien no le caen muy bien los gatos; un hombre que amó con todo el corazón a dos mujeres muy diversas, pero que también odió con pasión y lucidez misógina ciertas características de lo femenino; pero sobre todo alguien que, siempre, conservó un entusiasmo más puramente infantil que juvenil por la literatura, por la discusión y por los demás niños.

LA MAGIA DE SPENCER HOLST

SPENCER HOLST
El idioma de los gatos
COLECCIÓN NARRATIVA
EDICIONES DE LA FLOR

Pequeño gran libro fetiche, "El idioma de los gatos" reaparece tras veintidós años. De su autor, Spencer Holst, poco y nada se sabe excepto que "The New York Times" lo calificó de "sabio bufón de la vanguardia" y que para Allen Ginsberg es "el Kafka de los barrios bajos de Nueva York". Aquí se reproduce el prólogo que Rodrigo Fresán escribió para la reedición que en estos días distribuye Ediciones de la Flor.

RODRIGO FRESAN

Si Spencer Holst escribiera la historia de este libro, la historia de este libro sería más o menos así: Había una vez –casi todos los relatos de este libro empiezan con un *Había una vez...* o un *Hubo una vez...*– un libro llamado *El idioma de los gatos* que se publicó en su idioma original, en Estados Unidos, en un año que respondía al nombre de 1971.

Al año siguiente –un año que respondía al nombre 1972–, en un raro y agradecible gesto de audacia, un editor llamado Daniel Divinsky lo hizo traducir por un escritor llamado Ernesto Schóo para publicarlo en una editorial llamada De la Flor en un país llamado Argentina.

La primera edición del libro tardó más de veinte años en agotarse y -sin embargo– fue un éxito fulminante. Se entiende por éxito el hecho de que cada persona que leía ese libro se convertía en una persona más feliz, más creyente en los poderes mágicos y terapéuticos de la literatura.

El idioma de los gatos se convirtió en uno de esos contados libros sobre los que se jura, un libro muy popular entre escritores o entre personas que querían ser escritores cuando fueran grandes. A veces, unos y otros se cruzaban en la calle, en una fiesta, y –con acento conspirador y modales de contraseña– se preguntaban unos a otros si habían leído *El idioma de los gatos*. Si la respuesta era afirmativa, inmediatamente se enumeraban sus tramas como perlas en un collar: el gato cazador de cebras, la comedora de uñas, el murciélago rubio, el desdichado monstruo de la calle Monroe, el hombre que siempre estaba deseando...

Se conversaba sobre *El idioma de los gatos* más de lo que se demoraba en leer *El idioma de los gatos*. Se sonreían sus palabras y sus personajes. Se teorizaba sobre el paradero y la vida de Spencer Holst. Se fabulaba la idea de alquilar un avión, ir a buscarlo a Nueva York y organizar un desfile en su honor por la Quinta Avenida. Finalmente, cada uno volvía a su casa, prendía las luces, iba hasta su biblioteca y se sentaba a leer una vez más *El idioma de los gatos*.

Un crítico norteamericano escribió que los cuentos de Spencer Holst estaban destinados a durar para siempre. Tenía razón. Las historias contenidas en *El idioma de los gatos* son inmortales en su facultad deregenerarse una y otra vez, de parecer siempre diferentes, de cambiar con las estaciones y con la edad con que se las lee.

El idioma de los gatos es, sí, un clásico.

Y ésta es la segunda edición argentina –más de veinte años después– de *El idioma de los gatos*.

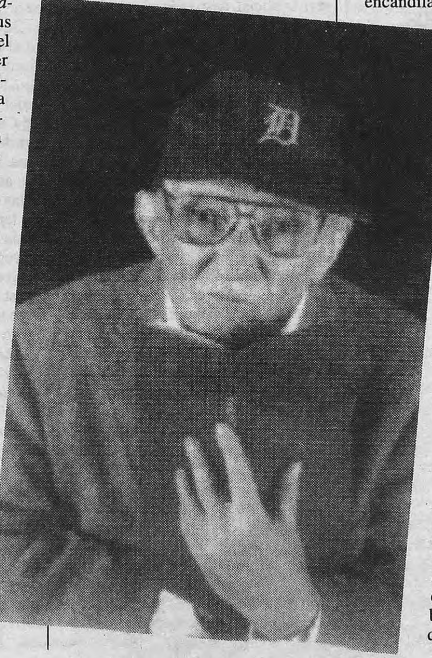
Spencer Holst pasó varios años contando sus historias de pie y en voz alta en los cafés literarios de Nueva York.

Alguien que lo escuchó entonces escribió que "no cuesta demasiado imaginarlo contando historias en las calles de la antigua Roma".

Después –enseguida– Spencer Holst se hizo relativamente famoso y ganó varios premios y el aprecio inquebrantable de muchas personas más famosas que él.

"El más hábil fabulador de nuestro tiempo", no vaciló en informar *The New York Times*, por ejemplo.

De ahí lo que ya escribí al principio: en Nueva York –como en Buenos Aires, como en Praga– los escritores y las personas que quieren ser escritores cuando sean grandes se preguntan unos a otros si han leído un libro llamado *El idioma de los gatos* de Spencer Holst.



Hay un salón de baile escondido en Versalles donde anidaron las luciérnagas. Un salón de baile donde se encuentran a bailar los aforismos con los *satoris* y los *haikus* con las epifanías. Ese salón de baile escondido se llama, sí, *El idioma de los gatos*.

Mucho antes de que términos como *minimalismo* o *ficción súbita* vinieran a desafinar la gracia de las partituras, Spencer Holst era la segunda viola de la orquesta del salón de baile escondido.

Nadie lo explicó mejor que John Cage cuando escribió que: "Estas historias fueron escritas ejecutando la máquina de escribir. Su autor es un mago; lo que significa que uno puede leer una historia, puede saberla de memoria, puede haber visto cómo se la escribía... pero aun así no comprender cómo se lo consiguió. Y la máquina de escribir que el autor utiliza es una máquina de escribir común y corriente".

Es cierto.

Pero el misterio de *El idioma de los gatos* –a pesar del resplandor que encandila– es un misterio generoso.

No creo –no puedo recordar ahora– que haya libros más claros y didácticos a la hora de señalar los resortes que mueven a una historia, explicar los diferentes bloques que construyen una trama, ofrecer las instrucciones precisas a la hora de ordenar el ritmo cardíaco y cerebral de una historia.

Está todo aquí –trucos, astucias, consejos– en frases como "Tal es la función del cuentista" o "La pornografía no tiene ningún lugar de ninguna clase en la literatura"; o "Pero, como autor, tengo ciertos poderes" o en los perfectos y emocionantes finales de "El asesino de Papá Noel" y de "El copista de música"; o –sobre todo– en la oración que cierra la magistral "Historia de confesiones verdaderas" donde puede leerse aquello de "¡Ah! ¡Qué gran cosa es ser artista!".

Tiene razón.

Exactamente.

Mi gratitud como lector y escritor hacia este libro y su autor es infinita.

Todas y cada una de las veces que sostuve *El idioma de los gatos* en mis manos me sentí privilegiado miembro de una secta y –como todo poseedor de un secreto– en más de una oportunidad me pregunté si no estaba bien que así fuera; que no fueran muchos los que conocieran la existencia de Spencer Holst.

El paso del tiempo –me dicen– nos vuelve más generosos y por eso le pedí a Daniel Divinsky primero la autorización para reproducir varios deestos cuentos y predicar la Buena Nueva en las páginas veraniegas de un diario y –cuando supe de la reedición de *El idioma de los gatos*– el honor de aportar estas líneas desordenadas por la felicidad y el entusiasmo.

Podría seguir maullando varias páginas más sobre *El idioma de los gatos* pero estaría cometiendo una injusticia y pecando de egoísta al postergar el encuentro de los lectores con las maravillas que aguardan al otro lado de esta puerta.

Un último comentario entonces, una intuición final.

Uno de los mejores relatos de *El idioma de los gatos* apuesta a un tan hipotético como impostergable encuentro entre Mona Lisa y Buda "allá arriba, en el cielo". Mona Lisa entra por un extremo de una sala en la que cuelgan muchas cortinas ondulantes y Buda entra por el otro extremo de la sala en la que cuelgan muchas cortinas ondulantes. Se encuentran en el centro exacto del lugar y –concluye Spencer Holst– "se sonrieron".

Lo que Spencer Holst no aclara –tal vez por humildad, tal vez por no saberlo– es el verdadero motivo detrás de esas sonrisas.

Yo –como el narrador de "El asesino de Papá Noel"– conozco a la perfección el motivo detrás de las sonrisas de Mona Lisa y Buda.

Oh, no tengo ninguna prueba, pero es precisamente por eso que estoy tan seguro de que lo sé.

Mona Lisa y Buda acaban de leer –no hace falta aclarar que no es la primera vez que lo leen– un libro llamado *El idioma de los gatos* escrito por alguien llamado Spencer Holst.

Por eso sonríen.

Por eso van a sonreír ustedes.

Bienvenidos al cielo.

ARCADIO DIAZ QUIÑONES

Cuba confronta, una vez más en su historia, la posibilidad de nuevos comienzos. El embargo estadounidense no cesa, pero los cambios iniciados ya empiezan a transformar las identidades sociales. La sociedad cubana vive transformaciones que han perturbado la trama cultural de la nación, y que por ello mismo pueden ser generadoras de un nuevo tipo de historia. El dilema cubano se origina en la necesidad de abrirse al mercado. Pero con la conciencia de que ese mercado puede ser, en efecto, "salvaje". Aun así, los incipientes cambios quizá permitan actuar de otra manera en el presente. Frente a esos cambios, ¿se sabe dónde están ahora los límites de lo permitido en Cuba?

Esa confrontación con el riesgo de lo nuevo se plantea de forma intensa en la isla. Sin embargo, desde afuera es muy difícil precisar qué ha cambiado y qué permanece intacto, y cuáles son los límites políticos y culturales que se oponen a las transformaciones. Cualquier esfuerzo interpretativo resulta particularmente difícil en ausencia de las voces cubanas de la isla que por desgracia sólo pueden escucharse fragmentariamente.

Un viaje reciente me permitió oír una gama de voces lúcidas, angustiadas, agresivas, trágicas o de humor delirante. Esas voces le imprimen particular tensión a una sociedad que carece de espacio público de debate y se ha acostumbrado a vivir bajo la asidua vigilancia del Estado. Sin embargo, en medio de las ansiedades de la dura vida cotidiana, comienzan a tramarse nuevas redes de discusión y de prácticas culturales. Acaso no sean espacios "subversivos" ni estrictamente "conflictivos", para usar la vieja expresión cubana. Son más bien lugares desde donde se defienden prácticas transgresivas, pero sin plantear rupturas "totales". Preferiría llamar a estos espacios "zonas de refugio" desde las que se mira en otras direcciones, zonas que permiten construir una voz propia, aunque no necesariamente difundirla. Todo ello suscita preguntas que carecen de respuestas inmediatas, y que hay que formular como problemas abiertos. ¿Dónde leer los signos de cambio, y cómo se marcan los límites? ¿Cuáles son las consecuencias culturales y sociales de los cambios irreversibles que ya se iniciaron en la isla con la dolarización de la economía? ¿Cómo se enfrentan las múltiples formas de la cultura cubana a las nuevas situaciones? Por último, ¿es el mercado la utopía dominante y el nuevo discurso del orden en la isla?

Una isla: la imagen clásica del lugar perfecto para construir la utopía. Por ahí parecen empezar los cambios. De los sueños utópicos se pasó a la crisis; de ahí a la pesadumbre y al deseo de relevo. Durante los años sesenta la Revolución Cubana encarnaba en el imaginario de la izquierda internacional la figura mítica del guerrillero heroico que desafiaba la historia, y el tiempo mesiánico de una revolución "original". La historia se narraba y se vivía como una epopeya. No había lugar para quienes no fueran creyentes. La continuidad de esas imágenes se rompió ya con el éxodo masivo del Mariel en 1980, y con los terribles "actos de repudio" a quienes entonces manifestaron su voluntad de salir. Hoy la imagen generalizada es la de una isla que flota suspendida en el tiempo, desvalida, con balseros internados en campos de concentración. O la de una nueva e invertida utopía: un paraíso caribeño para los turistas y para los inversores que circulan por el país ante la mirada azorada de sus habitantes.

En efecto, la industria del turismo es uno de los grandes cambios. Según anuncia orgullosamente la revista cubana *Prisma*, el turismo "ha desplazado a la industria azucarera como principal fuente de ingresos en divisas". En *Prisma* se asegura que están preparados para recibir un millón de turistas en 1995, que "dejarán ingresos por mil millones de dólares". En esa revista oficial, destinada a los turistas, no dejan de asombrar el desplazamiento del lenguaje y la moralidad revolucionarios.



MAS QUE UNA VISITA A LA ISLA

CUBA

EL CAMBIO Y LOS LIMITES

En los últimos seis meses, Arcadio Díaz Quiñones, profesor de la Universidad de Princeton, viajó reiteradamente a Cuba. Una de sus visitas duró cincuenta días, durante los cuales transitó por toda la isla. La visión que transmite en esta página es la de un país desgarrado por su voluntad de sobrevivir y por un claro desplazamiento de la moral revolucionaria.

¿Pero desplazados hacia dónde? *Prisma* es una revista hecha a todo lujo en un país que carece de papel para las publicaciones de sus poetas y sus historiadores. En sus números de diciembre y enero pasados, se vende "la magia y el calor del Caribe" con fotos a todo color de Hemingway, Rigoberta Menchú, Nicolás Guillén y Arnold Schwarzenegger "fumador de habanos", junto con fotos de suculentos platos de langosta y lechones que representan "la mesa cubana". En el número de diciembre hay incluso un artículo sobre el papel del mercado en la cultura. En el de enero, en un artículo sobre la "mujer cubana", se afirma que "en un país puramente sensual como Cuba" es imposible que una "chica permanezca demasiado tiempo sin pareja". *Prisma* no ve problema: todo es parte de un mundo de prosperidad, bienestar y sexualidad que está al alcance de los turistas.

Otro ejemplo de cambio profundo en el lenguaje y en el proyecto es el discurso pronunciado en noviembre pasado por Carlos Lage, vicepresidente del Consejo de Estado y secretario del Consejo de Ministros, en la apertura de la Feria Internacional de La Habana. En sus palabras a los inversores que asistieron a la Feria, Lage habló de las dificultades económicas del país y también de las primeras empresas mixtas con capital extranjero que constituyen la esperanza del nuevo proyecto económico. Hacia el final, su énfasis está puesto en la descripción de una clase trabajadora apta y capaz para el nuevo orden:

"Les ofrecemos un país ordenado. Una política de apertura a la inversión de capital coherente e irreversible. Un pueblo trabajador y abnegado, con un elevado nivel educacional y técnico. Una sociedad que no conoce del terrorismo ni de las drogas. Les ofrecemos una nación soberana y un gobierno honrado e incorruptible".

En el discurso de Lage, publicado en *Granma*, el lenguaje religioso y místico de la revolución se ha vaciado para dar paso a la nueva utopía del mercado, pero sin democratización. El Estado sigue ocupando el lugar de la verdad. ¿Se ha trocado una doctrina de salvación por otra?

La historia cubana lleva en su interior, en su tragedia y en su esperanza, la historia de los sueños modernos, y todas las variantes de utopías y esperanzas, religiosas y seculares. En contraste con el discurso del mercado y del turismo, muchos jóvenes poetas, historiadores y ensayistas se han propuesto pensar todo de nuevo, y armar su voz en las zonas de refugio. Esas zonas se encuentran en algunas revistas como *Proposiciones,* financiada por la Fundación Pablo Milanés, o en *La Gaceta de Cuba* de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, en las que empiezan a aparecer textos que piensan de otro modo la cultura del país.

Pero hay otras zonas desde las cuales se intenta, corriéndose más riesgos, franquear los límites oscuros y erráticos del momento actual. Me quiero detener en un ejemplo muy significativo: la revista *Memorias de la Postguerra*, cuyo primer número se publicó artesanalmente en noviembre de 1993. En ese número se formula el problema, asumiendo la sobrevivencia como la experiencia más importante de la vida, y aludiendo a la destrucción física de La Habana: "Posguerra por similitud al nivel físico de la ciudad, por el interior de la gente, por lo social del arte". En la "posguerra" se percibe, metafóricamente, otra temporalidad: "Un nuevo ejército avanza, junto a los sobrevivientes... todos jóvenes violentamente viejos".

Al igual que el discurso de Lage, el lenguaje de *Memorias de la Postguerra* ya no está informado por los valores que animaron la Revolución. Pero en *Memorias...*, el discurso de la sobrevivencia obliga a pensar creativamente en alternativas. Para ellos, la guerra y su épica han terminado. En uno de los textos se plantea la posibilidad de crear una visión propia, distanciada a la vez de las viejas y de las nuevas utopías de mercado: "Un aire fresco sopla desde el mar arrastrando los malos olores, la humedad y el polvo. Empiezan a aparecer signos de una nueva vida, aún con los escasos recursos con los que cuentan los creadores". Para los sobrevivientes, la posguerra abre el camino más digno y democrático de la participación en la construcción de otro futuro. Desgraciadamente, esta revista desapareció en 1994, después del segundo número.

